

# Más Allá De Las Estrellas

TOMO II

## El Gigante De Mis Sueños

### PASEANDO POR LA PATAGONIA

-- **Nada que ver...** -- Decía yo en las mismas puertas de los Andes, camino de un fin de semana en tan grandiosa cordillera. Me llevaban en un lúcido Renault Duster conducido por mi prometida y, acompañado, *cómo no*, por mi nuevo cuñado. Nos dirigíamos hacia uno de los lugares, si no de los más bellos, sí exclusivo en el mundo: **(Moquehue)**. Mientras, a lo lejos se avistaba el primero de los cuatro volcanes que nos topamos por el camino. Uno de ellos, el Batea Mahuida, al cual se puede acceder a pie o en coche hasta su mismo cráter, donde se encuentra una laguna en la que, dicen, que algunas veces emergen grandes burbujas desde su fondo.

Ni que decir cabe que caminar a través de un auténtico bosque de Araucarias es un verdadero placer para la vista y los demás sentidos ¡tanto físicos como espirituales! Si alguna vez un ser humano ha caminado cerca de los paisajes más característicos de la prehistoria, ese lugar, sin duda alguna, debe haber sido un bosque de Araucarias. Dichos árboles, según tengo entendido, solo se encuentran aquí: *{En la provincia que acoge una “pequeña” parte de la cordillera de los Andes, en la cual yo vivo actualmente, llamada: Neuquén}.*

Moquehue se encuentra casi a 400 kilómetros hacia el oeste de la población de Plottier. *Si bien, esa distancia en La Argentina no sea mucha cosa.* Ya que, acá, en ir a dar un simple paseo te hacés un centenar de kilómetros sin llegar a despeinarte. Imagina lo que significa emprender un armadito viaje por La Nación. Al menos de 3 a 5 días se te van en el auto (como mínimo).

Plottier, no es que sea el pueblo más cuco del mundo que digamos. Es el típico pueblo americano-patagónico; donde hay, de todo un poco, y más bien desperdigado a lo como sea. Cuya estructura urbana es tan diferente de cualquiera que yo haya visto antes, que la vieja Valencia me da la impresión de estar muy, muy lejos de aquí.

Situado en medio de un desierto que se pierde (muchas veces) de vista en el horizonte, lleno de tarántulas de todo tipo y calibre, águilas, gavilanes, zorros, serpientes, *algunas de ellas, muy peligrosas*; cuises, teros, armadillos: (*aquí llamados, Piches*); buitres negros, gatos monteses, (realmente malos, sobre todo con el ganado) [¡Pumas!] *aunque, eso sí, en lugares muy apartados*: perros y caballos salvajes, y hasta algún que otro novillo perdido entre (Las Bardas) que te puede dar el susto del día. Por no hablar de las orillas del río Limay, donde se pueden encontrar sin el más mínimo esfuerzo bandadas enteras de ocas, cisnes de cuello negro, loros, garzas, nutrias, martines pescadores, pájaros carpinteros, peces que solo se ven en ríos como este y, como no; una considerable variedad de extraños patos: *Algunos de ellos, con el pico redondo como un canuto; otros, tan grandes como ocas, y otros, casi tan pequeños como golondrinas.*

En fin, en la lista seguro que se me escapan algunos más. Bien podría dar para hacer un documental de la National Geographic. Sin embargo, aquí el animal más temido habido y por haber, es uno de los malos bichos más famosos del planeta, y que se trata, nada más y nada menos, que de la reputada y espeluznante: **Viuda Negra**. Cuando me lo dijeron yo también me quedé con la misma cara. Si en la añeja Paterna se enteran un día de que han visto suelta por ahí una auténtica Viuda Negra, es muy posible que llegasen a llamar incluso al ejército para dar al traste con ella. Y aquí te puedes encontrar con una en la parte trasera del jardín de tu casa. Bueno, según dicen, en todos los hospitales de la zona tienen el alentador antídoto "*por si hiciera falta*". No obstante, solo hace efecto si te lo ponen de 40 a 60 minutos después de la picadura, en caso contrario (ya no hace falta que te lo pongan). Y de momento

prefiero no hablarte de los síntomas que provoca su excepcional veneno. El cual, según dicen, es dolorosísimo.

Alentador, sí. Yo por si acaso siempre voy mirando bien, *aunque no lo quiera*, donde pongo el pie y, por supuesto, las manos... Hasta debajo de la cama miro cada noche antes de acostarme. Muchas veces, incluso cojo con recelo las toallas colgadas en el baño para secarme. Aunque, la verdad sea dicha, en mis largos y aventureros paseos con mi flamante Mountain-Bike por los alrededores de Plottier, me estoy acostumbrando poder encontrarme con cualquier clase de bicho que me pueda salir al encuentro, en los interminables caminos que cruzan el desierto. Al cual, aquí le llaman: (La Barda).

Apenas llevo en este lugar tres meses. No pensaba volver a retomar mis íntimas memorias hasta que hubiesen pasado los años necesarios como para alimentar y digerir adecuadamente las cosas que pudieran haberme llegado a ocurrir en ese tiempo. Desde el día que subí al avión, no he vuelto a saber nada de mi familia, ni de nadie que dejase allá. Y si quieres que te sea sincero, no me importa en absoluto. Lo único que deseo con todo mi corazón, es que aquella otra vida se vaya quedando poco a poco tan atrás en la distancia, que cuando algún día me dé cuenta del tiempo que ha pasado, me pregunte si realmente quedará alguien vivo de todos y cada uno de aquellos que me vieron partir aquella calurosa tarde del 2 de julio del 2013, a las 21:00 horas; para no volver, sino en la vida, al menos en el tiempo que haga falta.

Quiero mencionar, de paso; que aquella bendita tarde no subí solo a aquel avión. Éramos tres: qué casualidad (*volvíamos a ser tres*). Aunque, en este caso, el argumento era muy diferente. Me acompañaban o, mejor dicho, nos acompañábamos: un joven líder de la iglesia de aquí de Plottier que había estado siete meses ministrando a los jóvenes de la iglesia de Valencia; y, una hermosa joven de Gandía, promesa para el futuro de la iglesia del Centro Cristiano Esperanza; cuya solista voz y presencia elevan el tono por encima de lo normal. El desentone conmigo estaba servido. Pero, la verdad es que agradezco mucho haber disfrutado de su compañía para con tan notable y saciado éxodo. (*Este tipo de viajes, si se hacen en buena compañía, saben mejor*).

Subimos juntos a aquel avión que nos traería a un nuevo mundo, en el perenne aeropuerto de Manises. Cenamos juntos nuestra última cena en España en el concurrido aeropuerto de Barajas, justo a la media noche. Al día siguiente y, después de casi 14 horas de vuelo seguidas,

recorrimos Buenos Aires con aquel taxista cristiano que nos estaba esperando en el aeropuerto del Eco Parque, por encargo de uno de los pastores que ministra la iglesia de Plottier. E invitamos al taxista a una (riquísima) milanesa por las calles de tan tremenda urbe.

Durante el viaje, nos sentábamos juntos en los tres aviones que tomamos desde Valencia hasta Neuquén: hablábamos, cuchicheábamos, mirábamos en que asientos nos tocaba, *los cuales fueron en la misma fila en el último trayecto desde Buenos Aires hasta Neuquén*, etc. Fue grato tener con quién buscar y rebuscar a lo largo del provechoso viaje, en el que coincidimos, por la pura Gracia de Dios.

La lluviosa noche que aterrizamos en Neuquén, nos estaban esperando a cada uno “los nuestros” y prácticamente no hemos vuelto a vernos más que para saludarnos en la iglesia. Después, coincidí con el joven líder para tomar unas Tortas Fritas en su casa, nada más. Pero, en su memoria: *va por ellos*.

Al aeropuerto de Manises, finalmente me llevaron a falseados regañadientes mi cuñado y mi hermana junto con mi rebelde sobrina de 4 años y mi pobre madre. Y fue porque a mí se me ocurrió llamar por teléfono a mi hermana momentos antes de avisar a un taxi para que pasase a buscarme. En aquel aeropuerto estuvieron también, la familia de la guapa solista de Gandía, miembros de la iglesia de Valencia y de Gandía. Y, por supuesto, el joven pastor originario de la Patagonia, de la pequeña iglesia en la que yo me congregaba en Valencia: *Gracias al cual, comenzó todo el proceso para que ahora mismo sea una realidad que yo esté aquí*. Hubo abrazos, besos, apretones de manos, purgadas despedidas, prisas, descloques varios, oraciones, advertencias, consejos, buenos y malos deseos, admitidas esperas, últimos miramientos... Y, al fin. Tan rápido como te puedas llegar a imaginar, aquella tarde pasó, para no volver nunca jamás:

-- Esto me recuerda al día que me fui a Nueva Zelanda... --

Comentaba mi fornido cuñado, al entrar por las automáticas puertas del aeropuerto valenciano. Ya que, su viaje de luna de miel (*con mi hermana*) lo hicieron precisamente allí. Más que otra cosa para conocer de primera mano los increíbles escenarios donde se rodara la galardonada película: **El Señor De Los Anillos**. *De la cual, mi hermana es*

*algo más que una auténtica fans.* Desde entonces, no han vuelto a hacer ningún viaje de esa índole.

De hecho, juntos por última vez, en aquel comedor donde yo vi a mis padres saltando y celebrando de alegría las primeras navidades que recuerdo de mi vida, y donde también viese a mi padre cara a cara el día que decidió pedirme consejo en aquella **Asamblea familiar**. Mi cuñado me miró a los ojos desde la silla donde estaba sentado al otro lado de la elíptica mesa; y me dijo:

-- Me das envidia. Aunque sea de una forma sana: Pero me das envidia --

Me quedé un momento callado, mirándole, y después le dije, con el tono y la franqueza más sincera que pude pronunciar:

-- Te voy a decir una cosa, (...). Yo siempre quise tener lo que tú tienes. Y aquí no pude llegar a tenerlo, nunca. Por eso me voy... --

No hubo ya mucho más que hablar después de que yo dijera esa frase. Me tenía envidia, supuestamente porque me venía a vivir muy cerca de un lugar del que él había oído hablar muchas veces, y al que siempre quiso haber venido: **(Bariloche)**. Con la respuesta que le di, lo único que quería darle a entender, es que, si hubiese tenido el trabajo fijo que él todavía conserva aun después de 20 años, una flamante esposa, dos hijos preciosos (*el primero de otra mujer*); y todo el acomodo, patrimonio y buena disposición personal que ostenta; seguramente, no estaría ahora aquí.

Dijo que mandaría algún mensaje a mi correo electrónico. El cual, ni si quiera he mirado todavía, *ni tengo la más mínima intención de mirar*.

Cambiando de tema. Llevo muy poco tiempo acá, pero, hay novedades, y de las importantes. Hace pocos días compré los anillos de boda: **[(De mi boda)]**. Te lo voy a intentar explicar. No esperaba de ningún modo que ocurriese de la forma que ocurrió. Todo fue rápido; realmente muy rápido. Tanto, que todavía me está costando un poco terminar de creérmelo. Esta vez, no se trata de la **Reina del Baile**: ni mucho menos. Es una mujer que ostenta en su experiencia por esta vida diez años más que yo. Y tiene dos hijos preciosos; a los cuales, según parece, a criado ella sola. Un chico de 26 añitos a punto de ser, si no lo

es ya: contable administrador de empresas. Y la niña de 24, con prácticamente el título de abogada en la mano. Bueno, al menos la ventaja está en que ya están más o menos criaditos...

La mujer en sí, *o sea*, mi futura esposa; tiene una casita en la cual con algo menos de la mitad de su espacio, yo tendría suficiente para querer vivir el resto de mi vida. Trabaja de secretaria en una escuela. Su padre fue juez de “paz” de la ciudad de Plottier hace años, y su desconocida hermana fue la alcaldesa, *cuando ella era su secretaria personal*. Se separó de su ex marido hace como unos 22 años; cuando todavía era una de las princesas de la provincia de Neuquén (*según tengo entendido*). Su marido era machista, y según ella, por eso se separó. (No sé nada más de su vida). Aunque, eso sí: los anillos de compromiso los he pagado yo. Se conoce que, en la cultura de acá, eso es algo bastante arraigado.

¿Puntos a su favor? Solo dos: me escucha, y me respeta. Me encuentro a gusto con ella. Me transmite tranquilidad y sosiego. Algo que no encontré con ninguna de las otras mujeres con las que haya estado antes. Tan solo hay alguna que otra contradicción que me descoloca un poco. *No me cuenta nada de su vida pasada*. Es, como si no quisiera entremezclarla de ningún modo con lo nuestro. Aunque, en lo poco que me dice de vez en cuando, parece ser muy sincera.

Ya no voy por ahí presumiendo de mujer, como lo hice en otros tiempos. Más bien, a veces me da la malmirada impresión de dar “vergüenza” su cortejo. Sin embargo, cuando estoy en casa a solas con ella. Es un deleite su comprensión, su ternura, su respeto, su afabilidad y su amigable compañía. Apenas la conozco. Tan solo hace un mes y medio que la vi por primera vez en la iglesia, (*por cierto, un pedazo de iglesia: casi tres mil miembros, sin contar los asistentes*). Ella me miraba mucho desde el asiento de la fila delantera, donde se sentó un día que hubo una explicación sobre lo que era un Tango (con demostraciones prácticas). Al verla girarse de esa manera, solo pensé:

<< ¿Qué mirará esta vieja? >>

Al cabo de una semana y media más o menos, iba caminando por la calle camino de la antigua iglesia del CCE en Plottier, *convertida ahora en un teatro*, para hacer algunos arreglos en su reforma. Me la encontré saludándome desde la esquina que estaba a unos **100 metros** delante

de mí por la acera por la que yo caminaba. Al principio ni me cosqué de quién era. Pero luego la reconocí. Hablamos poco rato en aquella esquina entre la avenida Perito moreno y la calle de Las Lajas de la “atemperada” localidad de Plottier. Me dijo, por dos veces, y la segunda de forma mucho más convincente:

(-- ¡Y que no me llames de usted! --)

Quedamos, como el que no quiere la cosa, para tomar un café en la ciudad de Neuquén. No nos tomamos el café, pero hablamos en el coche durante horas, aparcados en alguna de sus ya vacías calles nocturnas. Al día siguiente, fuimos a ver la zona del río Limay a la que llaman: (China Muerta), para tomar unos mates... Y allí, después de tomar unos dulces matecitos a orillas del Limay, en una tarde tan fría, nublada y ventosa, como resulta ser lo típico en los inviernos de la zona de la Patagonia norte, nos besamos por primera vez.

No fue como aquel milagroso beso en la mágica noche que conocí a mi reina de los sueños perdidos. No estaba la elocuente Vía Láctea de testigo. No sonaba en el coche la inolvidable banda sonora de una película. Y no salí de allí conduciendo ningún Super-auto de “lujo” creyéndome que estaba viviendo un sueño hecho realidad. (*Entre otras cosas, porque el coche era de ella, y se trataba de un simplón Fiat Palio*). Desde las solitarias y caudalosas orillas del río Limay, fuimos a casa (a la mía, claro) e hicimos el amor. Su cuerpo no es como el de una reina-diosa perfecta sin defecto alguno. Es como el de una mujer que sobrepasa por poco los 50 años; y que, tras un aparatoso aborto y dos embarazos muy conflictivos, aún le quedan las irrefutables cicatrices en su cuerpo del terrible trauma que tuvo que significar semejantes episodios de su vida. Algo, que no recrea la vista en absoluto. Esa falta de buena apariencia, la suplen otras cosas. Cosas, que quizá sean mucho más importantes para una buena y legítima relación, que el recreo para el sentido de la vista en sí mismo.

En la iglesia, los pastores cumplieron con su cometido. Llamándonos la atención de forma incontrovertible sobre nuestro estado pecaminoso para con Dios. Así que pedimos perdón a Dios por nuestra falta. Y un buen día, así como si nada, hablamos de casarnos. Ella dijo sí, y yo dije:

-- ¿Y por qué no...? --

Así que fuimos al registro civil, concordamos una fecha; encargamos y compramos los anillos, *con nuestros nombres escritos*. Y -- *jahí está!* -- como suele decirse por acá. Dentro de un mes y medio, si Dios Nuestro Señor lo permite, estaremos casados. No podré tener hijos con ella. Para sus hijos yo nunca seré nada ni remotamente parecido a un padre. No es, y nunca será, como mi reina de los sueños perdidos. Creo que algún día, de un modo u otro, todo terminará de nuevo... No sé cuándo, ni cómo, ni por qué: pero sospecho, que ese día llegará. Sin embargo, te diré algo; es la primera mujer que conozco en mi vida que (*por el momento*) me ha deseado sin tapujos, sin juegos extraños, y sin desacatos y tonterías varias.

-- ¿Por qué quieres casarte conmigo? --

Le pregunté hace poco:

-- Porque confío mucho en ti --

Me respondió.

Hace muchos años, alguien me dijo exactamente lo mismo. Sentados en un parque de Paterna, a la sombra de un par de palmeras que en aquellos entonces nos rozaban las cabezas con sus palmas, y que ahora miden tanto como los edificios de cinco plantas colindantes. Él se fumaba un porro a la salud de no me acuerdo quién, mientras esperábamos al resto del grupo de amigachos. Ese alguien, bastantes años después de aquella tarde, se convirtió en el mejor compañero que he tenido en mi vida; en mi viejo amigo: **(El Último Amigo)**.

Aquel que no me falló, ni al principio ni al final, ni durante el tiempo que tuve el privilegio de apoyarme en su confortable amistad. Aquel a quién todo el mundo dio por un muerto viviente cuando ya no le quedaban más amigos que los fármacos y los psiquiatras. Y al que Dios me permitió, la noble prerrogativa, de echarle una mano en aquel preciso momento.

¿Casualidad? Quién sabe. Pero para mí, es algo significativo.

La fecha en la que queremos concertar la humilde y, *seguramente* desapercibida boda, es nada más y nada menos, que para el día 18 de octubre de este mismo año (dentro de unas cinco semanas). Justo el mismo día en el que, aquella mañana de 1993, en la pirotecnia de Ricardo Caballer, una grotesca explosión en el año de las muertes se llevó la vida de un inolvidable artífice y compañero. Aún recuerdo a su

triste viuda embarazada de 6 meses. Tenía la misma melena de pelo liso y rubio que mi prometida, y una muy parecida apariencia física. *Solo que con 20 años menos de altibaja travesía por esta tramposa vida.* Me ocurre algo extraño con la mujer con la que estoy a punto de casarme. Cuando la miro muy de cerca, veo en ella una belleza que no puedo vislumbrar de ninguna otra manera. Es como si pudiese ver con toda claridad como era hace todos esos años: Realmente guapísima.

Creo que nunca llegaré a saber lo suficiente sobre su larga y trabajada vida. Solo soy un don nadie que acaba de llegar ahora mismo, cuando ya todo está más que pasado. Siempre procuraré respetar eso de ella. Comprendo que he llegado (*más que muy tarde*) para muchas cosas. Es como ponerte de repente a los mandos del Halcón Milenario después de haber pasado por todas las guerras de las galaxias habidas y por haber. O como tener que beberte el último trago de un largo vaso de coctelera, después de que ya todo el mundo ha sorbido su sabrosa parte. Es, como una especie de: honorable encargo...

Y que tengo que hacer a estas alturas; yo tampoco me he caído ahora mismo de una parra. Está decidido. Dentro de algo más de un mes, me caso. Nunca pensé que sería de esta forma. Que no habría absolutamente nadie, de tantos y cuantos... Ni si quiera nadie de mi lejana familia. Jamás imaginé que sería con una mujer como ella: *con toda la vida hecha.* Y con la anticipada jubilación de casarse por puro milagro con un hombre procedente de la mismísima otra parte del mundo. Nunca supuse que no conocería de nada a la mujer con la que me casara. Ni que decir cabe, que a (su) familia, mucho menos. *Prácticamente, son totales desconocidos.* De ningún modo vislumbré, que el día de mi boda, uno de los días más conjeturados de mi vida, en realidad, iba a estar totalmente solo.

Anoche fui al cine con ella. Y eso que creí que no volvería a ver una película en el cine en mucho tiempo. Una buena peli. De un tal, Ricardo Darín, al cual yo no conocía hasta la fecha de hoy (*por cierto: Buenísimo actor*) junto con la actriz española, Belén Rueda. La película se titulaba: **Séptimo.** (Argentina - española) y/o viceversa. ¿Qué te parece? Otra de esas extrañas "casualidades". La primera película que veo en La Argentina, y está hecha en conjunto con el arte cinematográfico español. {*A veces me canso un poco de este tipo de casualidades*}.

Por cierto, y sin ánimo de ningún tipo de malinterpretación: el cine en sí, me recordó mucho al arcaico cine Palafox de mi pueblo, hace como unos 30 años. No era ni mucho menos una antigualla como aquella. Pero no creas tampoco que se le iba tanto.

Apenas llevo acá tres meses. Y la vida aquí no tiene:

### ***[-- Nada que ver --]***

Con nada que haya conocido hasta ahora.

No es ni mejor ni peor. Simplemente; tiene otro ritmo. Tiene otro color. Tiene otro sabor. Tiene otra clase... de configuración.

Ciertamente, pasear por la Patagonia Argentina, es casi, como pasear por otro mundo.

---

## **CRUZANDO FRONTERAS**

Aquí en las antípodas, la primavera comienza el 21 de septiembre de cada año. Recién ahora termina el invierno acá. Pienso en España, y en las tierras bañadas por el inolvidable Mediterráneo que en estos momentos quedan tan lejos. Allí ahora es el tiempo de las tormentas, de los cambios de temperatura; de mirar como se acerca un invierno más en el horizonte. De comenzar a repasar debidamente la ropa de otoño, guardada en el armario desde hace ya unos cuantos y largos meses. Y de coger alguna que otra chaquetilla y/o sudadera, colgada en una de esas perchas que llevan sin tocarse muchas semanas: Por no hablar de los impacientes pantalones largos, que a estas alturas comienzan a reclamar a silenciosos gritos su patente hegemonía.

En la Patagonia en cambio, comienzan a florecer las distintas y muy variadas clases de plantas, árboles y flores, de las cuales, muchas de ellas no las había visto en mi vida. Aunque algunas otras, la verdad es que sí. Los altivos álamos, la verde y fresca hierba que rodea los lindes de los opulentos ríos y canales. Que en estos momentos se salen de madre por todas partes debido a los imparables deshielos que se están produciendo en la grandiosa cordillera de los Andes. ***{Es un verdadero privilegio el poder disfrutar de esto en vivo y en directo}***.

Quién me lo iba a decir. A unos 2.800 quilómetros hacia el sur (*más o menos*) se encuentra el meridiano que demarca los lindes de la